

La contribución de Sudáfrica al renacimiento africano en el nuevo milenio*

Jacob Zuma

Para comprender la historia del mundo, de la vida y de la humanidad es estrictamente necesario entender los orígenes, las transiciones y las evoluciones, así como las adaptaciones, llevadas a cabo durante largos periodos.

Por fortuna, debido al persistente e incansable trabajo de algunos de los más eminentes científicos, la evidencia de la evolución del planeta, de la vida y de la humanidad está disponible y es presentada en forma de fósiles, que han sido encontrados en excavaciones realizadas en las entrañas de las tierras de África.

Existen pruebas de estos fósiles, únicos en su género, que continúan ayudando a la humanidad a explicarse a sí misma. En ninguna otra parte del mundo se da esa concentración de archivos de fósiles, que dicen tanto sobre la Tierra y la evolución de la humanidad, como aquéllos encontrados en la vasta extensión del paisaje africano, particularmente en el sur y este del continente. Por lo tanto, puedo decir con certeza que la his-

* Conferencia pronunciada en la Secretaría de Relaciones Exteriores el 17 de mayo de 2001.

toria del planeta, de la vida y de la humanidad son la historia de África, cuna de esta última.

África es una base indispensable de recursos, que ha servido a la humanidad durante muchos siglos. Es asimismo la principal fuente de minerales. Su amplio y no deteriorado hábitat natural es fundamento para la minería y la agricultura, además de que proporciona una gran parte del pulmón ecológico del mundo, debido a los vastos bosques pluviales y a una presencia mínima de emanaciones dañinas para el medio ambiente.

El continente posee sitios arqueológicos que proporcionan respuestas sobre la evolución de la vida y las especies humanas en la Tierra. La contribución de la riqueza de la cultura africana hacia las culturas del mundo es sin duda única.

Sin embargo, África ha soportado siglos de esclavitud, así como los crímenes más crueles y deshumanizados jamás cometidos contra la humanidad. Así fue privada de los posibles beneficios por las contribuciones de millones de sus hijos, quienes fueron transportados por la fuerza a través de inmensos océanos, en el afán de construir y consolidar el poder económico de imperios lejanos.

Los historiadores que han registrado este desafortunado capítulo de la historia no han prestado atención a la interrupción traumática del proceso de construcción de las naciones que en ese momento se estaba dando en África. El descubrimiento de vastos recursos minerales en el continente condujo a masivas conquistas territoriales y a siglos de dominación colonial. Cantidades incalculables de los recursos naturales terminaron en las arcas de lejanas metrópolis, apuntalando, a expensas del patrimonio común del pueblo africano, la expansión de su base industrial. La explotación de estos recursos ha sido un factor que ha contribuido en muchos de los conflictos que continúan azotando el continente.

Un gran número de los límites territoriales, impuestos por el colonialismo a los pueblos que en forma natural evolucionaban hacia naciones, sentaron los fundamentos para múltiples conflictos.

La guerra fría, que introdujo en nuestros países intereses en competencia de parte de los poderes extranjeros, sentó las bases para numerosas guerras que, durante décadas, devastaron a los países africanos, sin contribuir en forma alguna al desarrollo y a la capacitación de su gente.

En el continente africano, muchos de los programas políticos y económicos, aconsejados desde lugares lejanos y adoptados por nuestros países, resultaron inadecuados para las condiciones, nulificando de este modo la prosperidad y la emancipación económica de millones, que habían formado una base importante de nuestras luchas.

Desde los años setenta, África ha pasado por procesos económicos y sociales que disminuyen su significativa participación en asuntos mundiales y en la economía global. El estancamiento de las economías, las balanzas de pago de dos dígitos, los déficit presupuestales, las cargas deudoras insostenibles y los bajos niveles de crecimiento han sido la norma, más que la excepción, en el África Subsahariana.

De acuerdo con los últimos reportes del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, mientras 20% de la población que vive en países desarrollados tiene 82% del producto interno bruto (PIB) del mundo, controla 82% de los mercados internacionales de exportación y consume 86% de toda la producción, 80% de la población del mundo consume el restante 14 por ciento.

En este contexto, el continente africano, formado por 54 países y con una población estimada en 700 millones de habitantes, genera 1% del PIB y su participación en el comercio mundial es de sólo 2%. Sin embargo, esta región posee una

enorme riqueza mineral y cuenta con el mayor porcentaje de la producción mundial de minerales estratégicos, los que, entre otros, incluyen diamantes, cromo, cobre y oro.

Apenas en 1994, África estaba prácticamente marginada y excluida de los negocios, el comercio global y los mercados internacionales. Aunque cuenta con 12% de la población del mundo, en 1995, su participación en las exportaciones de los países desarrollados fue de 6.7%, mientras que, durante el mismo año, su participación en la exportación global fue de 1.8 por ciento.

Resulta crucial observar que la riqueza natural de África se traduce en un ingreso insignificante para el continente, ya que la mayoría de los recursos minerales es exportada en bruto, lo cual priva a estos países del valor agregado derivado del procesamiento de las materias primas.

Después de la crisis de los años ochenta, muchos países decidieron adoptar el paquete de programas de ajuste estructural de las instituciones de Bretton Woods. Lo hicieron creyendo que la apertura de sus economías generaría mayores inversiones, crecimiento económico, acceso al financiamiento y a la promoción del sector privado.

Como un buen número de ustedes saben, por su propia experiencia con programas de ajuste estructural, éstos no estabilizaron ni reformaron la estructura de la macroeconomía nacional, como tampoco revitalizaron el crecimiento ni condujeron hacia el desarrollo sustentable y la prosperidad. Por el contrario, trajeron una incalculable penuria, así como pobreza, desempleo y disturbios en la mayoría de las sociedades africanas.

Esto nos obligó a pensar qué debía hacerse para revertir las tendencias negativas. De este modo, África podría ocupar el lugar que le corresponde entre los pueblos y las naciones del mundo. Al respecto, cabe preguntarse cómo podremos asumir nuestra responsabilidad y participar activamente en los asun-

tos globales para así influir en el desarrollo del nuevo orden mundial en todas sus ramificaciones; entre otras, la política, la económica, la social y la cultural.

En Sudáfrica se parte de la premisa, de acuerdo con la cual, si bien la responsabilidad primaria es hacia la ciudadanía y la satisfacción de sus necesidades básicas, el país no está aislado de sus vecinos africanos ni del resto de la humanidad. No es, pues, posible sobrevivir como una isla de estabilidad, paz y prosperidad, rodeada de conflictos, pobreza y enfermedad. Nuestro destino está intrínsecamente ligado al de nuestros vecinos en la Comunidad para el Desarrollo del África Austral (SADC, por sus siglas en inglés), así como al de nuestro continente. El éxito de la SADC y de África conlleva nuestro propio éxito.

Es necesario, como africanos, representar un papel activo en la construcción y el fortalecimiento de nuestros bloques económicos regionales, piedra angular para una economía africana integrada. Esto resulta vital en un mundo donde las economías de escala son esenciales para la competencia global.

Con el objeto de desarrollar las áreas en las cuales se tiene una ventaja comparativa, es importante participar en foros multilaterales como las Naciones Unidas, la Organización Internacional del Trabajo, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, la Organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional.

A la par de nuestras obligaciones internacionales, participamos en estas instituciones porque muchas de las decisiones ahí tomadas tienen consecuencias directas, y a menudo terribles, para África y, en general, para el sur. De ahí la importancia de asegurar que dichas instituciones se democratizen y sean representativas y responsables para que, de esta manera, sirvan a nuestros intereses, y no sólo a los del norte desarrollado. Hay que nivelar los campos de juego.

Hoy, las condiciones del continente africano cuentan con un buen augurio para su renacimiento y reconstrucción. Los líderes africanos reconocen que tienen la responsabilidad de crear un medio ambiente propicio para el desarrollo. De acuerdo con este propósito han adoptado, a través de la Organización de la Unidad Africana (OUA), una posición firme y de elevados principios. De este modo, cualquier líder que llegue al poder a través de medios anticonstitucionales, y no por la voluntad del pueblo, no será bienvenido en la OUA.

Lo anterior es consecuencia del rechazo que los africanos sienten por las dictaduras y la resolución de problemas políticos por medio del conflicto. La realización de elecciones regulares ante la presencia de monitores u observadores independientes ya no es la excepción, sino la regla. La actividad política libre y la participación de la sociedad en los procesos de gobierno y el discurso político aseguran el desarrollo de una sociedad civil vital y comprometida.

Los pueblos de África han tomado una decisión sobre el renacimiento africano, al cual consideran como un proceso, no un evento, que sólo podrá resultar exitoso cuando ellos asuman su propio destino. Como africanos nos hemos puesto a la altura del reto y hemos declarado éste, el siglo africano.

Esta visión del renacimiento africano y de nuestro compromiso, así como la creencia en su realización, han guiado a los líderes africanos a tomar la decisión de otorgar un mandato a los presidentes Thabo Mbeki de Sudáfrica, Olusegun Obasanjo de Nigeria y Mohamed Bouteflika de Argelia, para que desarrollen un programa para la recuperación de África.

El programa, llamado Plan del Milenio para el Desarrollo de África, está impulsado por la necesidad de enfrentar y resolver la continua marginación y el subdesarrollo del continente. Sus programas clave incluyen aspectos como el desarrollo de los recursos humanos y de la infraestructura, la paz y la segu-

ridad, el compromiso con la democracia y los derechos humanos, el crecimiento económico sustentable y el desarrollo. Éstos son elementos críticos dentro del plan del renacimiento africano para restaurar la dignidad y la autoestima del continente y de su gente.

Los gobiernos y las corporaciones transnacionales, que se beneficiaron del pillaje o saqueo, la desestabilización y la ausencia de credibilidad, tienen la responsabilidad de participar en el proceso para restablecer las facultades del poder entre los africanos, y asegurar el renacimiento del continente.

Desde nuestra perspectiva, la comunidad internacional debe comprender que la continua marginación del continente africano sólo aumenta la inestabilidad internacional. África no puede contribuir de manera significativa al crecimiento de la economía mundial, a menos que sea capaz de combatir los penetrantes males sociales que afectan actualmente a la mayoría de sus países.

Los africanos están interesados en colocar de nuevo la imagen orgullosa de su continente sobre el mapa mundial. De este modo, África recobrará el lugar que le corresponde en la comunidad de naciones. En este sentido, el mandato otorgado por la OUA a los presidentes Mbeki, Obasanjo y Bouteflika, para crear e implementar un programa que revierta esta tendencia, fue realmente visionario.

Nuestros líderes han llevado ya varias representaciones a las reuniones cumbres de los países nórdicos, la Unión Europea y el Grupo de los Ocho, entre otros, con los cuales compartimos la responsabilidad de asegurar el éxito del programa. Como resultado, un número creciente de líderes están ya preparados para asociarse con los líderes africanos, a fin de asegurar un desarrollo sostenido, como lo evidencia la Declaración Skagen de los países nórdicos, la Declaración de la Asamblea General del Milenio de las Naciones Unidas sobre África, la Resolución

de la Unión Europea sobre África, así como el surgimiento de nuevas alianzas con este continente.

En este sentido, nos gustaría dirigirnos a países como México para que se unan en esta alianza, ahora que nos esforzamos en democratizar los sistemas globales de gobierno, las instituciones de financiamiento internacional, el fortalecimiento de las instituciones democráticas y el respeto a los regímenes de ley. Esto con el propósito de asegurar que esta alianza global y, en particular, el fortalecimiento de los vínculos sur-sur, garanticen una vida digna para nuestros pueblos, en la cual todos y cada uno, hombres y mujeres, sean capaces de realizar su potencial.

Se requiere del compromiso por parte de los gobiernos, el sector privado y otras instituciones de la sociedad civil, con la integración genuina de todas las naciones en la economía y la gobernabilidad global.

La realización del renacimiento africano a través de la implementación del Plan del Milenio para el Desarrollo de África debe servir como una herramienta que movilice a la humanidad en su conjunto para que trabaje aliada con este continente a favor de su desarrollo y crecimiento económico, lo cual es esencial para el mejoramiento de la calidad de vida de los africanos en general.

Para concluir, quisiera invitar a México a unirse con nosotros en esta justa causa en beneficio de todos nuestros pueblos.